

[Edición digital por cortesía del autor para la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes]

Alicante, junio de 2007

© Antonio Sánchez Portero

© Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Tres afirmaciones capitales que deberían promover la reconsideración de algunos análisis y opiniones sobre el Quijote

Antonio Sánchez Portero

- Cervantes conocía el Quijote de Avellaneda antes de comenzar a escribir la segunda parte del suyo,
- Cervantes sabía quién era Avellaneda y
- Así como Avellaneda imitó y se inspiró en Cervantes, éste se inspiró e imitó en Avellaneda

El *Quijote* de Cervantes y el otro *Quijote* de Avellaneda están más ligados entre sí de lo que parece a simple vista. Y para resolver el enigma que envuelve la identidad del autor del segundo, se deben iniciar las investigaciones integralmente, desde el principio, sin obviar ninguno de los numerosos y, algunos, trascendentes descubrimientos alumbrados hasta el momento actual por quienes se vienen dedicando a este tema universal.

Por ejemplo, los críticos, los investigadores, no deben, no debemos conformarnos con que la fecha de la aparición del *Quijote* es la de 1605, sino contemplar y actuar en consecuencia de que, al menos, la edición príncipe apareció en 1604¹; sin descartar que los primeros capítulos pudieron haber sido editados antes como novela corta².

Algunos especialistas estiman, creen, opinan que hacia 1610 circulaba en los medios literarios el manuscrito del *Quijote* de Avellaneda. Un servidor va más lejos: sostengo que este manuscrito fue redactado por el aragonés, de Calatayud (no toledano) Pedro Liñán de Riaza antes de morir en 1607. Por esto cobra importancia el consignar la fecha real de aparición del *Quijote* de Cervantes, que antes de su publicación se admite circuló también en manuscrito³.

Se ha especulado mucho sobre si Cervantes conocía o no a la persona que se oculta tras el seudónimo de Avellaneda. También son numerosos y dispares los criterios respecto a cuándo comenzó a componer la continuación o segunda parte de su obra cumbre; y en qué medida actuó motivado por el otro Quijote de su anónimo rival.

¹ Jaime Oliver Asín: *El Quijote de 1604*, Boletín de la Real Academia española, Tomo XXVIII, enero-abril de 1948.

El recoger aquí todo lo que se ha escrito sobre esta cuestión, requeriría el espacio de un artículo. Por este motivo, en esta nota, así como en las siguientes, voy a referirme sólo a una fuente, procurando que sea original o, al menos, de toda solvencia.

² En el *Índice de Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, de Astrana Marín (Biblioteca Virtual de Miguel de Cervantes), se consigna la “creación del Quijote como novela corta, entre agosto de 1597 y 28 de abril de 1598.”

³ Antonio Sánchez Portero: *El ‘toledano’ Pedro Liñán de Riaza —candidato a sustituir a Avellaneda— es aragonés, de Calatayud*, Revista Electrónica LEMIR, nº 11; *La identidad de Avellaneda, el autor del otro Quijote*, libro, publicado en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes; así como también los artículos *Cervantes y Avellaneda y, entre ambos Quijotes, Tirso de Molina y Liñán de Riaza*, y *EL GRAN ENIGMA DEL QUIJOTE. ¿Qué pudo suceder entre Miguel de Cervantes y Jerónimo de Pasamonte? ¿Es éste Avellaneda, el autor del Quijote apócrifo?*

Algunos investigadores creen que Cervantes estaba redactando su segunda parte y que la llevaba muy avanzada cuando se publicó el *Quijote* de Avellaneda en 1614, cuyo libro y algunos personajes de él son citados expresamente por Cervantes a partir del capítulo 59. Pero creo que puedo demostrar —no soy el primero, ni muchísimo menos— aunque sí con algunos argumentos originales, que Cervantes conocía muy bien el manuscrito de la novela de Avellaneda antes de su publicación y antes de comenzar la continuación de su *Quijote*.

Da testimonios inequívocos de ello en *El coloquio de los perros*, obra anunciada al final de su novela *El casamiento engañoso*. Mi convencimiento de que tras de Avellaneda se oculta Pedro Liñán de Riaza, y de que Lope de Vega tuvo un papel capital en la publicación del apócrifo, unido a la intuición —una corazonada— me impulsaron a leer minuciosamente *El coloquio*. Y en esta novela he encontrado las pruebas que avallan mi hipótesis, cuyas citas son las siguientes:

BERGANZA.— [Cae en la murmuración y dice]: ... y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncadas que, solas o juntas, parecían, no que cantaban, sino que gritaban o gruñían. Lo más delicado del día se les pasaba espulgándose, o remudando sus abarcas; ni entre ellos se nombraban Amarilis, Filidas, Galateas y Dianas [recuerda con algunos de estos nombres a Lope de Vega] ni había Lisardos [Luis de Vargas], Lausos [Miguel de Cervantes, que quizá se incluya para confundir], Jacintos ni Riselos [Pedro Liñán de Riaza]; todos eran Antones, Pablos o Llorentes [no conozco a quienes corresponden estos seudónimos, que si no han sido colocados para despistar, seguramente que un especialista les encontrará dueño inmediatamente]; por donde viene a entender lo que pienso que deben de creer todos: que todos aquellos libros deben ser cosas soñadas y bien escritas para conocimiento de los ociosos, y no verdad alguna; ...

CIPIÓN.— Basta Berganza; vuelve a tu senda y camina.

BERGANZA.—Agradézcotelo, Cipión amigo; porque si no me avisaras, de manera que se me iba calentando la boca, que no parara hasta pintarte un libro entero destes [de los citados unas líneas antes, del círculo formado y reunido en torno a Lope de Vega y, sin duda, se refiere al manuscrito de Avellaneda] que me tenían engañado; pero tiempo vendrá en que lo diga todo, con mejores razones y con mejor recurso que ahora.” [En el prólogo y en el texto de la segunda parte de su *Quijote*, que piensa componer a marchas forzadas, porque quizás intuya que le queda poco de vida.]

Más adelante, dice BERGANZA:

... Hay algunos romancistas [que hablan romance, no latín, y también autores de romances. Lo son Lope y Liñán] que en las conversaciones disparan de cuando en cuando algún latín breve y compendioso, dando a entender a los que no lo entienden que son grandes latinos y apenas saben declinar ni conjugar un verbo.

[...]

CIPIÓN.— Pues otra cosa puedes advertir, y es que hay algunos, que no les excusa el ser latinos para ser asnos.

[...]

—Y continúa BERGANZA: “Así es, porque también se puede decir una necesidad en latín como en romance, y yo no he visto letrados tontos, y gramáticos pesados, y romancistas vareteados [en uno de sus romances incluye Liñán el verso ‘hidalgos vareteados’. ‘Vareteado’ es un adjetivo formado de ‘vareta’,

palito delgado que untado con liga sirve para cazar pájaros; también se llama así a las listas de diferente color en un tejido] con sus listas [¿listas, líneas, Liñán?] de latín, que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo; no una sino muchas veces.

Hablando de perros, ¡qué perra ha cogido el bueno de Cervantes con los romancistas y también con los poetas, citándolos repetidamente de forma y con expresiones que los denigran!, ¿por qué?

En el episodio —sigo un orden correlativo— en el que un soldado atambor convierte a Berganza en “perro sabio”, dice Berganza:

La codicia y la envidia despertó en los rufianes voluntad de hurtarme, y andaban buscando ocasión de ello; pero esto del ganar de comer holgando tiene muchos aficionados y golosos: por eso hay tantos titereteros en España; tantos que muestran retablos, tantos que venden alfileres y coplas, que todo su caudal, aunque lo vendiesen todo, no llega a poder sustentarse un día; y con esto, los unos y los otros no salen de los bodegones y tabernas en todo el año; por do me doy a entender que de otra parte que la de sus oficios sale la corriente de sus borracheras. Toda esta gente es vagabunda, inútil y sin provecho; esponjas de vino y gorgojos de pan.

Si en vez de un perro, lo hurtado fuese un libro —el *Quijote*—, encajarían estas expresiones punzantes dirigidas a quienes lo hurtan. Continúa BERGANZA:

Tenle y escucha. Como sea cosa fácil añadir a lo ya inventado, viendo mi amo cuan bien sabía imitar al corcel napolitano, hízome unas cubiertas de guardamaní y una silla pequeña, que me acomodó en las espaldas, y sobre ella puso una figura liviana de un hombre con una lancilla de correr sortija, y enseñóme a correr derechamente a una sortija que entre dos palos ponía; y el día que había que correrla pregonaba que aquel día corría sortija el perro sabio, y hacía otras nuevas y nunca vistas galanterías...

Cervantes, al final de su primera parte, dice: “Que don Quijote la tercera vez que salió de su casa fue a Zaragoza, donde se halló con unas famosas justas que en aquella ciudad se hicieron...” Y siempre denomina como “justas” lo que Avellaneda designa con el apelativo de “sortija”, como la que don Álvaro Tarfe y otros caballeros zaragozanos jugaron en la calle del Coso (de Zaragoza) y se relata lo que en ella le sucedió a Don Quijote. A decir verdad, sólo una vez emplea Cervantes el vocablo “sortija”, casi al final de la segunda parte, refiriéndose ya sin tapujos al libro de Avellaneda. Luego, no cabe duda de que en el último párrafo transcrito, al nombrar la “sortija” que corre el perro sabio, está parodiando el pasaje del libro de Avellaneda.

Sigue contando BERGANZA lo que le sucedió:

Lo primero que comenzaba la fiesta era en los saltos que yo daba por un aro de cedazo, que parecía de cuba: conjurábame [su amo a Berganza] por las ordinarias preguntas, y cuando él bajaba una varilla de membrillo que en la mano tenía, era señal del salto, y cuando la tenía alta, de que me estuviese quedo. El primer conjuro deste día (memorable entre todos los de mi vida) fue decirme: ‘Ea, Gavilán [así llamaba a Berganza] amigo, salta por aquel viejo verde que tú conoces, que se escabecha [se tiñe] las barbas [puede referirse a Lope de Vega] y si no quieres, salta por la pompa y aparato de doña Pimpinela de Plafagonia, que fue compañera de la moza gallega que servía

en Valdeastillas. ¿No te cuadra el conjuro, hijo Gavilán? Pues salta por el bachiller Pasillas, que se firma de licenciado sin tener grado alguno. [Liñán era bachiller; y se decía licenciado, acaso sin tener este grado. En el entremés de *La guarda cuidadosa*, un personaje es Lorenzo Pasillas, un sotosacristán “de satanás” a quien Cervantes dedica dicterios] ¡Oh, perezoso estás! ¿Por qué no saltas? Pero ya entiendo y alcanzo tus marrullerías: Ahora salta por el licor de Esquivias, famoso al par del de Ciudad Real, San Martín de Ribadavia’. Bajó la varilla y salté yo, y noté sus malicias y malas entrañas.

Si esta moza gallega, compañera de doña Pimpinela, que servía en Valdeastillas (la localidad existente, cercana a Valladolid, se denomina Valdestillas, sin la “a” central) está inspirada —y no lo dudo— en el Archipámpano y en la moza de soldada que “encomendó don Quijote [en el último párrafo del libro de Avellaneda] hasta que volviese, a un mesonero de Valdestillas” es una prueba más de que conocía Cervantes el manuscrito de su competidor antes de 1613.

Pasando por alto alguna otra cita, he creído ver relación también en el siguiente episodio: En el *Quijote* de 1605, Cervantes tiene un lapsus, (o es el impresor quien lo comete), porque le roban el asno a Sancho, y poco después lo encontramos como si no se lo hubiesen robado. En la segunda edición, pocos meses después también por Juan de la Cuesta, se remedia el descuido, intercalando en el capítulo XXIII el suceso: “Ginés, que no era ni agradecido ni bienintencionado, acordó de hurtar el asno a Sancho Panza [en Sierra Morena], no curándose de Rocinante por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormía Sancho Panza; hurtóle su jumento y antes que amaneciese se halló bien lejos de ser hallado.

En su *Quijote*, Avellaneda cita en varias ocasiones el robo del rucio, y hace decir a Sancho:

—¿Qué libro es ese —dijo Sancho— en que lee su merced? ¿Es de algunas caballerías como aquellas en que nosotros anduvimos tan animadamente el otro año? Lea un poco por su vida, a ver si hay algún escudero que medrase mejor que yo; que por vida de mi sayo, que me costó la burla de la caballería más de veintiseis reales mi buen Rucio que me hurtó Ginesillo, el buen voya...

Cervantes, en *El coloquio*, casi al final, pone en boca de BERGANZA:

De lance en lance, paramos en la casa de un autor de comedias, que a lo que me acuerdo, se llamaba Angulo el Malo¹³⁷ [esta nota que figura en la edición de Clásicos Ebro que manejo, dice:] 137.— Véase el Quijote, cap. IV de la parte II).

En este capítulo no aparece para nada Angulo (figura en el capítulo XI), pero aprovecha Cervantes para relatarnos, ampliado, el robo del Rucio:

..., mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor arrimado a su lanza, y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos a dormir como si fuera sobre cuatro colchones de plumas; especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quienquiera que fue tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso en los cuatro lados de

la albarda, de manera que me dejó a caballo sobre ella, y me sacó debajo de mí el rucio, sin que yo lo sintiese.

Aprovecha también Cervantes para justificar su fallo:

—No está el yerro en eso —replicó Sansón—, sino en que antes de haber aparecido el jumento [sobre el que venía en hábito de gitano Ginés de Pasamonte], dice el autor que iba a caballo Sancho en el mismo rucio.

—A eso —dijo Sancho— no sé qué responder, sino que el historiador se engañó [Cervantes], o ya sería descuido del impresor.

A mi modo de ver, este afán por *justificarse* es motivado por la alusión de Avellaneda en su manuscrito a este episodio. Dice Riquer que el robo del rucio debería ir hacia la mitad del capítulo XXV de la primera parte, donde lo coloca Hartzenbuch en su edición de 1863. Pero casi todos los editores modernos respetan su colocación en el capítulo XXIII. Una edición de las que maneja, RBA Coleccionables, 2002, viene en el capítulo XXV.

Lope de Vega también había reparado en el lapsus que había cometido Cervantes con el robo del rucio y se burla de él en su comedia *Amar sin saber a quién*, donde en la primera jornada cita al *Quijote* y a Cervantes, y en la tercera, Limón, que ha perdido una mula, exclama: “Decidme della, que hay hombre, que hasta de una mula parda saber el suceso aguarda, la color, el talle y el nombre. O si no, dirán que fue olvido del escritor.” (Martín de Riquer).

Seguramente estaría Cervantes pensando en Liñán, pero especialmente en Lope cuando, en *El coloquio*, pone en boca de Berganza, que cansado de seguir a unos comediantes y ver cosas, dice

... que pedían enmienda y castigo; y como a mí estaba más el sentillo que el remediallo, acordé de no verlo, y así, me acogí a sagrado, como hacen aquellos que dejan los vicios cuando no pueden ejercitarlos, aunque más vale tarde que nunca.

Berganza, acompañando a su amo, —un poeta—, dice:

De lance en lance paramos en la casa de un autor de comedias, que a lo que me acuerdo se llamaba Angulo el Malo, no autor, sino representante, ... Juntóse toda la compañía a oír la comedia de mi amo... [En el Q. II, cáp. XI, la comedia que ensaya la compañía de Angulo el Malo es el auto sacramental de *Las cortes de la muerte*, de Lope.] La comedia era tal, que con ser yo un asno en esto de la poesía, me pareció que la había compuesto el mismo sata-nás; para total ruina y perdición del mismo poeta, que ya iba tragando saliva, viendo la soledad en que el auditorio le había dejado; y no era mucho si el alma, presaga, lo decía allá dentro de la desgracia que le estaba amenazando, que fue volver todos los recitantes, que pasaban de doce, y, sin hablar palabra, asieron de mi poeta, y si no fuera porque la autoridad del autor, llena de ruegos y voces, se impuso de por medio, sin duda le mantearan. Quedé yo del caso pasmado; el autor desabrido; los farsantes, alegres, y el poeta, mohíno; el cual, con mucha paciencia, aunque algo torcido el rostro, tomó su comedia, y encerrándosela en el seno, medio murmurando, dijo: ‘—No es bien echar las margaritas a los puercos...’

Por lo que leo y observo, Cervantes aprovecha cualquier oportunidad —o la busca— para poner a los “comediantes” y a los “poetas”, ¿Lope de Vega y Liñán de Rianza?, de chupa de dómene.

Al final de *El coloquio*, me llama la atención el antepenúltimo párrafo y creo ver en él una alegoría de lo que en realidad pudo ocurrir. Dice BERGANZA:

Tienes razón, y escarmentado en mi cabeza, de aquí en adelante seguiré tus consejos. Entré asimismo otra noche en casa de una señora principal [la Santa Inquisición], la cual tenía en los brazos una perrilla desta que llaman de falda [en 1608, Lope de Vega fue admitido en el Santo Oficio, y de sobras es conocida su afición a las faldas], tan pequeña, que la pudiera esconder en el seno; la cual, cuando me vio, saltó de los brazos de su señora y arremetió a mí ladrando, y con tan gran denuedo, que no paró hasta morderme en una pierna. Volvillo a mirar con respeto [no es para menos, la protegía el Santo Oficio, una autoridad especial] y con enojo, y dije entre mí: ‘Si yo os cogiera [pero no se atreve o no puede] animalejo ruin, en la calle, o no hiciera caso de vos o os hiciera pedazos entre los dientes’. Consideré en ella que hasta los cobardes y de poco ánimo son atrevidos e insolentes cuando son favorecidos [ahora ya no se refiere a una perra, a un animalejo, sino a una persona], y se adelantan a ofender a los que valen más que ellos.

Creo que con la lectura del propio texto, la inclusión de los corchetes y el subrayado sobra cualquier explicación.

Como complemento de esta cita, recojo aquí unos párrafos de Enrique Suárez Figaredo ⁴:

La posible implicación de Lope de Vega en el asunto del *Quijote* de Avellaneda viene de finales del siglo XIX. Cayetano Alberto de la Barrera, biógrafo del *Fénix*, decía entonces:

“[Su] verdadero autor, descubierta por resultado de modernas investigaciones, a las cuales tengo la honra de haber contribuido, fue el célebre confesor de Felipe III, y del Duque de Lerma: el dominico Fr. Luis de Aliaga, quien lo ... dio a luz en despique de la burlesca intención con que de su apodo de *Sancho Panza* se había servido Cervantes ... y en venganza de otras alusiones satíricas a Lope de Vega y a sus amigos y amigas, que en la misma se deslizaron ... Era Lope muy señalado amigo del ambicioso fraile, que, a su influyente cargo de director espiritual del Monarca, reunía ya en 1614 el de Consejero de la Suprema Inquisición, siendo ... en cierta manera jefe del *Fénix* de los Ingenios, que gozaba el título de Familiar del Santo Oficio ... Las referencias [en el *Prólogo*] a Lope ... no pueden ser más terminantes ...”

Ampliando lo expresado por Suárez Figaredo, añadiré que es sospechosa la forma en que trata Cervantes a “su” personaje Sancho al final del Prólogo de la Primera Parte:

..., pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien a mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. [De don Quijote, del personaje principal, no dice nada.]

⁴ Enrique Suárez Figaredo: *Piedra, mano y tejado en el Quijote de Avellaneda*, Revista Electrónica LEMIR, N° 11, 2007.

Así como en los “Versos Preliminares” (que por lo que dice en el Prólogo se deduce son suyos) “Del Donoso poeta entreverado, a Sancho Panza y Rocinante”, y, especialmente, en el soneto “Grandalín, escudero de Amadís de Gaula, a Sancho Panza, escudero del Quijote”, que comienza: Salve varón famoso, ..., y concluye Salve otra vez, ¡Oh Sancho!, tan buen hombre, que a solo tú nuestro español Ovidio, con buzcorona te hace referencia, [a mi parecer expresiones poco adecuadas para referirse a un patán].

Y contribuye a confirmar la sospecha el siguiente terceto del capítulo segundo de *El viaje del Parnaso*:

Traemos y no es burla, a la Bonanza
que estaba descuidada oyendo atenta
los discursos de un cierto Sancho Panza.

Estimo también que no sería descabellado pensar, como muy posible que se inspirara Cervantes en Bárbara —la Dulcinea de Avellaneda— para crear a La Cañizares e incluso a los perros de su *Coloquio*.

Bárbara de Villalobos, la gran Cenobia, reina de las amazonas, la reina Segovia de Avellaneda:

...era tal que pasaba de los cincuenta, y tras tener bellaquísima cara, tenía un rasguño de a jeme en el carrillo derecho que le debieron dar siendo una moza, por su virtuosa lengua y santa vida.

A esta Bárbara se la encuentran don Quijote y Sancho atada a un árbol, después de haber sido despojada por un estudiante que le había prometido casamiento, y cuenta que el estudiante le dijo antes de atarla:

—Acabe de darme presto el dinero la muy puta, vieja, bruja, hechicera.

Sancho, que estaba escuchando con muchísima atención a Bárbara, cuando le oyó referir tantos y tan honrados epítetos, le dijo:

—Y dígame, señora reina: ¿era acaso verdad todo ese calendario que le dijo el estudiante? Porque de sus hechos colijo que era tan buen hombre de bien que por todo el mundo no diría una cosa por otra, sino la verdad pura.

—¡Cómo verdad! —replicó ella—. A lo menos en lo que dijo de bruja, mintió como un bellaco: que si una vez me pusieron a la puerta mayor de la Iglesia de San Juste en una escalera, fue por testimonio de unas vecinas mías envidiosas, por no más que sospechas, me levantaron. ¡Así levantadas tengan las alas del corazón, pues por ello me hicieron echar en la treña, donde gasté lo que Dios sabe! Pero vengan en buena hora, con su pan se lo coman; que a fe que me vengué, a lo menos de una de ellas, muy a mi salvo, pues a un perro que ella tenía en su casa y con quien se entretenía, le di zarzas en venganza de dicho agravio.

Riéronse todos del dicho de Bárbara y Sancho la replicó diciendo:

—Pues ¡cuerpo de Poncio Pilatos, señora reina!, ¿qué culpa tenía el pobre perro? ¿Fuése él acaso a quejar de vuestra merced a la Justicia, o levantóla el falso testimonio que dice? Que el perro sería muy bueno y no haría mal a nadie, y por lo menos sabría cazar alguna olla, por podrida que fuese. ¡Triste perro!, si no me quiebra el corazón de dolor su homicidio.

Don Quijote le dijo:

—Óyote pécora: ¿Por ventura conociste ni viste aquel perro?, ¿qué se te da a ti del?

—Pues no quiere que se me dé —replicó Sancho—, si no sé si el honrado y malogrado y yo éramos primos hermanos? Que el diablo es sutil y donde no se piensa se alza la liebre; y como dicen, doquiera que vayas, de los tuyos hayas.

Obsérvese que con un perro se entretenía la vecina, y que éste sabía cazar alguna olla, por “podrida” que fuese; y que se establece un parentesco entre un perro y una persona (Sancho no sabe si eran o no primos hermanos).

La descripción física de esta Bárbara es la siguiente:

...le juro que les excede a todos en mil cosas la reina Segovia; porque primeramente tiene los cabellos blancos como copo de nieve, y sus mercedes los tienen tan prietos como el escudero negro de mi contrario; pues en la cara, ¡no se la dejen atrás! Juro non de Dios que la tiene más grande que una rodela, más llena de arrugas que greguescos de soldado y más colorada que sangre de vaca; salvo que tiene medio jeme mayor la boca que vuestas mercedes, y más desembarazada, pues no tiene dentro della tantos huesos y tropiezos para lo que pusiere en sus escondrijos; y puede ser conocida dentro de Babilonia, por la línea equinocial que tiene en ella; las manos tiene anchas, cortas y llenas de berrugas; las tetas largas, como calabazas tiernas en verano. Pero ¿para qué me canso de pintar su hermosura, pues basta decir della que tiene más en un pie que todas vuestras mercedes juntas en cuantos tienen? Y parece, en fin, a mi señor don Quijote pintiparada, y aun dice della, él, que es más hermosa que la estrella de Venus al tiempo que el sol se pone; si bien a mí no me lo parece tanto.

Hasta aquí, una transcripción del *Quijote* de Avellaneda y, a continuación, de *El coloquio*, de Cervantes:

Tu madre, hijo [se dirige a Berganza] se llamó la Montiel, que después de la Camacha fue famosa; yo me llamo la Cañizares, si ya no tan sabia como las dos, a lo menos, de tan buenos deseos como cualquiera dellas. [...] ...pero con paz sea dicho entrambas, en eso de conficcionar las unturas con que las brujas nos untamos, a ninguna de las dos les diera ventaja. [...] ...Tu madre hizo lo mismo: de muchos vicios se apartó... [...] ...estando tu madre preñada, y llegándose la hora del parto, fue su comadre la Camacha, la cual recibió en sus manos lo que tu madre parió, y mostrólo que había parido dos perritos; y así como los vio dijo: ‘Aquí hay maldad, aquí hay bellaquería. Pero, hermana Montiel, tu amiga soy yo, yo encubriré este parto, y atiende tú a estar sana y hazte cuenta de que tu esta desgracia queda sepultada en el mismo silencio; ya que sabes tú que puedo yo saber que si no es con Rodríguez, el ganapán tu amigo, días ha que no tratas con otro; así que este perruno parto de otra parte viene, y algún misterio contiene...

... Y esta tarde, como te vi hacer tantas cosas, y que te llaman el perro sabio, y, también, como alzaste la cabeza a mirarme cuando te llamé en el corral, he creído que tú eres hijo de la Montiel, a quien con grandísimo gusto doy noticia de tus sucesos... [También aquí se establece un parentesco entre “el perro sabio” y la Montiel, y, aunque la descripción de esta mujer es diferente a la que hace Avellaneda de Bárbara, es innegable que con diferentes palabras se pretende pintar a un ser repulsivo y semejante]:

... Ella [la Cañizares] era larga de más de siete pies; toda era notomía de huesos, cubiertos con una piel negra, vellosa y curtida, con la barriga que era badana, se cubría las partes deshonestas, y aun le colgaba hasta la mitad de los muslos: las tetas semejaban dos vejigas de vaca secas y arrugadas, denegridos los labios, traspolados los dientes, la nariz corva y entablada, descansados los ojos, la cabeza desgreñada, las mejillas chupadas, angosta la garganta y los pechos sumidos; finalmente toda era flaca y endemoniada... [...] ...quise morderla por ver si volvía en sí, y no halle parte en toda ella que el asco no me lo estorbase; ... [...] ... mirando su espantosa y fea catadura... [...] ...Otros hubo que dijeron: ‘—Esta puta vieja sin duda debe ser bruja, y debe de estar untada; que nunca los santos hacen tan deshonestos arrobos, y hasta ahora, entre los que la conocemos, más fama tiene de bruja que de santa’.

Con todas estas citas y comentarios se constata, a mi modo de ver, que Cervantes conocía el manuscrito del *Quijote* de Avellaneda con anterioridad a la redacción de *El coloquio de los perros*, al menos, un año antes que se imprimiese el citado manuscrito.

Pero aún hay algo más. Se han invocado en múltiples ocasiones los anagramas para descubrir al escritor que se oculta tras de Avellaneda. Y han llegado a estar muy devaluados. Unamuno, en plena afluencia de esta práctica, dijo: “Tales bobadas no merecen ni el honor de hablar de ellas. Son pasatiempos de una infantilidad abrumadora.”

Sin embargo, he descubierto que el nombre del “historiador árabe Cide Hamete Benengeli” es un anagrama “casi” completo de “Miguel de Cervantes”. Lo documento en el artículo *El moro Cide Hamete Benengeli es cristiano*⁵. Y ahora, con toda la prudencia del mundo, me atrevo a insinuar lo que sólo puede ser una simple y mera coincidencia, porque son innumerables los nombres que podrían entrar en el mismo juego: las vocales de los nombres de los protagonistas de *El coloquio de los perros*, CIPIÓN y BERGANZA, o sea I - I - O - E - A - A: 2 “I”, 1 “O”, 1 “E”, y 2 “A”, son las mismas que las contenidas en el nombre y apellidos de PEDRO LIÑÁN DE RIAZA, E - O - I - A - E - I - A - A: 2 “I”, 1 “O”, 1 “E” y 2 “A” (sobran una “E” de la partícula “DE” y una “A”). He llegado a esta conclusión por la afinidad fonética del final de “Riaza” y “Berganza”; y si a “Cipión” lo hubiese denominado “Cipián”, disminuirían las posibilidades de que fuese casualidad.

Ahora, al objeto de documentar específicamente la veracidad de la segunda afirmación, voy a transcribir algunas consideraciones del artículo de Alberto Sánchez, titulado “¿Consiguió Cervantes identificar al autor del falso *Quijote*?”:

Para mí queda, pues, fuera de duda que Cervantes murió sin conocer la personalidad de Avellaneda, a pesar de su interés y diligencia en averiguarlo. Pudo, sí, tener sospechas, confidencias sin clara información... Pero no certidumbre; de haberla tenido, se trasluciría de algún modo en sus palabras. —Y añade—: El escritor argentino Ricardo Rojas, defensor caluroso de la poesía cervantina, se manifiesta terminante en este particular: “el autor del falso *Quijote* sigue siendo, pues, un enigma. Cervantes mismo ignoró su verdadera condición y nombre. Las partes en que lo alude refiérense más bien a la obra que al autor.

⁵ Antonio Sánchez Portero: *El moro Cide Hamete Benengeli es cristiano*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Ficha de Obra Ref. 23431.

J. B. Sánchez Pérez, en su repertorio de posibles Avellanedas, también se declara sin vacilaciones en esta dirección: “Es seguro que Cervantes no poseyó nunca este secreto, ya que lo dice varias veces.”

Resumiendo: la interpretación sencilla y lisa de las palabras cervantinas cuenta con sus partidarios, aunque no se hubieran detenido a razonarla. Conduce inexorablemente a pensar que Cervantes no conoció al licenciado de Tordesillas. Por tanto, me parece dirección errónea para encontrarse con Avellaneda la preconizada por F. Martínez y Martínez en su folleto *Lo que debe leer detenidamente el que intente descubrir al falso Alonso Fernández de Avellaneda* —es decir, las alusiones a Cervantes— y seguida por otros investigadores.

El mismo Alberto Sánchez, al igual que cita a algunos investigadores que comparten su opinión, reconoce que discrepan de ella autores como Mayans, Marasso, Martínez y Martínez, Rodríguez Marín, Arias Sanjurjo y, con reparos, Menéndez y Pelayo y Schevill.

Por ejemplo, Martínez y Martínez⁶, dice:

..., calló el nombre real del fingido autor del falso *Quijote*, al que muy bien debía conocer, y con este silencio ha dado ocasión a que tantos ingenios se hayan ejercitado en la tarea de descifrar el enigma de ¿quién fue el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda?

Vano intento hasta la fecha, momento en que nadie ha dado en el clavo, aproximándose únicamente un tanto el polígrafo de esta época moderna, el singular D. Marcelino Menéndez y Pelayo, que se orientó en el repetido dicho del Señor Miguel de Cervantes, de que el tal era aragonés, y en los escritores de este reino buscó al disfrazado Avellaneda, (pág. 2).

Y en la página 23 expone que, quien desee descubrir su identidad debe:

olvidar la patria que repetidamente atribuye Cervantes al mal intencionado escritor, al que muy bien conocía; y no queremos con esta afirmación asegurar que hubiese tenido trato personal con aquel; pero sí que le era bien conocido, aunque fuera de oídas; es tan natural que el que recibe un agravio se entere de las circunstancias todas concurrentes en el agraviador, que sería inverosímil que Cervantes no averiguara hasta las mínimas minucias del que de manera tal le hubo de maltratar, máxime de las particularidades de bulto como era la naturaleza.

Y al final de su ensayo, Martínez y Martínez, resume:

Así pues, en modo alguno, al decir Cervantes que era aragonés y tan repetidamente... no deja lugar a duda, que... fue nacido en Aragón... En el antiguo reino de Aragón, repetimos, hay que buscarlo. Entre los escritores aragoneses se encuentra el desconocido autor del *Quijote* apócrifo...

⁶ Francisco Martínez y Martínez: *Lo que debe leer detenidamente el que intente descubrir al falso Alonso Fernández de Avellaneda*, Valencia, Establecimiento Tipográfico del Hijo de Francisco Vives Mora, 1943. Con motivo de la aparición de este estudio, Francisco Sánchez Castañar, le dedicó “A D. Francisco Martínez y Martínez, cervantista valenciano” el suyo, titulado, *Quien no pudo ser Avellaneda* (Nuevos datos acerca de Fray Alonso Fernández), Valencia, 1944. Ambos artículos, en versión electrónica, así como otros muchos, me los ha facilitado el escritor e investigador avellanedista Enríquez Suárez Figaredo.

Alberto Sánchez continúa:

Recientemente Romero Flores, en una biografía de Sancho Panza (“*Filósofo de la sensatez*”. Barcelona, 1952), insiste en la opinión contraria a la mía. Se afirma una vez más que “*el alcaláino sabía bien quien era el que se hacía pasar por tordesillano; pero no quiso o no le convino dar su nombre, ni siquiera ofrecer sus características personales.*” Vuelve sobre la patria o condición aragonesa de Avellaneda, situándola más concretamente en la comarca de Zaragoza: se fija para ello en tres nombres geográficos (Ateca-Ariza-Calatayud) y en diletantismos que no detalla y quizá explique en ulteriores trabajos. Con tales augurios, leo con escepticismo la exclamación de Romero, ¡caliente, caliente!, recordando juegos infantiles, para dar la impresión de la proximidad a que nos encontramos de la definitiva solución del enigma tordesillesco.

Enigma que persiste contra todo posible acercamiento; y creo haber demostrado, páginas atrás —prosigue Alberto Sánchez—, la ineficacia de la ruta emprendida por Romero. Acaso tengamos que dar la razón algún día al gran Azorín, que recordaba a este respecto la carta sustraída y buscada en los sitios más ocultos, sin darse cuenta de que estaba sobre la mesa; es la fina ocurrencia de uno de sus copiosos ensayos cervantinos: “*El Quijote de Avellaneda es como la carta robada de Poe. Nada hay más claro y, sin embargo nada más secreto... Al autor del Quijote contrahecho lo tenemos ante la vista y no lo ven ni los más linceos* (‘Pensando en España’. Madrid, 1940. Ensayo breve, titulado ‘¿Claro como la luz?’, reproducido después en el libro *Con Cervantes*, Buenos Aires, 1947, Colección Austral).”

Este tipo de referencias, como la de Romero Flores citando (Ateca-Ariza-Calatayud), la anterior de Suárez Figaredo citando a Lope y a Aliaga, y la de López Navío — que aparecerá más adelante— sobre “deliñada”, relacionadas con Liñán y con Avellaneda, abundan, pero, consideradas por separado, se diluyen; sin embargo, si se reúnen y cotejan adquieren entidad, máxime si coadyuvan a respaldar o consolidar una hipótesis sustentada por otros pilares. Algo así como el rasgo o trazo de un dibujo. Muchos rasgos juntos del mismo dibujo, pueden llegar a formar un rostro o parte de él que permita su identificación.

Un servidor no es que dude de que Cervantes conocía a Avellaneda —cabe suponer, como lo más lógico, que tendría a su alcance medios y recursos para saberlo—, sino que me atrevo a afirmar, coincidiendo con la opinión de otros investigadores que, ya en el mismo prólogo, Cervantes deja pistas que nos inducen a desvelar el nombre del autor tordesillesco que él bien conoce:

“...dile de mi parte [a ese aragonés que se dice natural de Tordesillas] que no me tengo por agraviado; que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle a un hombre en el entendimiento que puede componer e imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama; y para confirmación desto, quiero que en tu donaire y gracia le cuentes este cuento:

Había en Sevilla un loco que dio en el más gracioso disparate y tema que dio loco en el mundo. Y fue que hizo un canuto de caña puntiagudo en el fin, y en cogiendo algún perro en la calle, o en cualquiera otra parte, con el un pie le cogía el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podía le acomodaba el canuto en la parte que soplándole, le ponía redondo como

una pelota, y en teniéndole desta suerte, le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba, diciendo a los circunstantes, que siempre eran muchos:

—¿Pensarán vuestras mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro? —¿Pensará vuestra merced que es poco trabajo hacer un libro?

Equipara Cervantes hinchar un perro a hinchar —hacer, elaborar, engordar— un libro, y quien realiza esta tarea es “un loco que había en Sevilla”. Recordemos que al don Quijote de Avellaneda lo llevan a que cure su locura a la casa de locos del Nuncio de Toledo. Y en el primer capítulo de la segunda parte, Cervantes le hace decir al barbero:

En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre a quien sus parientes habían puesto allí por falta de juicio. Era graduado en cánones por Osuna [una universidad devaluada]; pero aunque lo fuera por Salamanca [Liñán estaba graduado en cánones por Salamanca], según opinión de muchos no dejara de ser loco. Ese tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dio a entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginación escribió al arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivía, pues por la misericordia de Dios ya había recobrado el juicio perdido.

Total y resumiendo, que dispuso el arzobispo que si era verdad lo que el licenciado le escribía, lo dejasen en libertad, pese a las prevenciones del retor, porque creía que el licenciado aún estaba loco.

...viendo ser orden del arzobispo, pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes, y como, él se vio vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellán que por caridad le diese licencia para despedirse de sus compañeros locos.

[El loco a quien visitó le dijo]: ¿Vos bueno? Agora bien, ello dirá; andad con Dios; pero yo os voto a Júpiter tonante, cuya majestad yo represento en la tierra, que por sólo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros desta casa y en teneros por cuerdo, tengo que hacer un castigo tal en ella, que ande memoria del por todos los siglos de los siglos, amén. ¿No sabes tú licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues, como digo, soy Júpiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con una sola cosa quiero castigar a este ignorante pueblo; y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres años enteros que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante... [...] A las voces y razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado volviéndose a nuestro capellán y asiéndole de las manos le dijo: ‘No tenga vuesa merced pena, señor mío, ni haga caso de lo que este loco ha dicho; que si él es Júpiter y no quiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el Dios de las aguas, lloveré todas las veces que me antojare y fuere menester.’ A lo que respondió el capellán: ‘Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuestra merced se quede en su casa; que otro día, cuando haya más comodidad y más espacio, volveremos por vuestra merced.’ Rióse el retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellán; desnudaron al licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento.

Cervantes, lo hace en numerosas ocasiones, no desaprovecha ocasión para zaherir a Lope y creo que a él se refiere en el capítulo III de la segunda parte: Después de decir

don Quijote que “los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados, como los que hacen moneda falsa; y no sé yo qué le movió al autor a valerse de novelas y cuentos ajenos ... [sin duda se refiere a Avellaneda y añade, ahora creo que aludiendo directamente a Lope]:

... Decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios: la más discreta figura de la comedia es la del bobo [*La dama boba*, comedia de Lope], porque no ha de ser el que quiere dar a entender que es simple. La historia es como cosa sagrada; porque ha de ser verdadera; y donde está la verdad, está Dios, en cuanto a verdad; pero no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros como si fuesen buñuelos [seguramente se refiere a la prolificidad de Lope.]

En ocasiones, Cervantes es premeditadamente ambiguo al referirse a su *Quijote* ya publicado, al de Avellaneda, o a los dos. Dice Cervantes que el suyo fue, “compuesto por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo, y traducido por un morisco”, a quien se refiere en otros capítulos con las siguientes expresiones: “como tú, sabio encantador, quien quiera que seas, a quien ha de tocar ser el coronista” de su historia; “cuenta el sabio”; “autor arábigo y manchego”; “el sabio y atento historiador”. Y Avellaneda, en el suyo, para no ser menos, dice que fue compuesto por el sabio Alisolán, historiador no menos moderno que verdadero”.

Sospecho, con fundamento, que Liñán, imitando a Cervantes, se inventa también (artículo citado, *El moro Cide Hamete...*) su historiador sabio, bautizándolo también con un anagrama incompleto de su nombre. Vemos que en ALISOLÁN se encuentran las letras de LIÑÁN, menos la “Ñ” (si la hubiese puesto, el misterio, el enigma, dejaría de serlo), y añade al principio una “A” para formar “ALI”, un nombre árabe.

Los dos son historiadores y sabios, y de esta coincidencia se aprovecha Cervantes para que su premeditada ambigüedad pase inadvertida:

—Y ¡cómo —dijo Sancho— si era sabio y encantador, pues (según dice el bachiller Sansón Carrasco, que así se llama el que dicho tengo) que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berenjena!

—Ese nombre es de moro —respondió don Quijote. [Quien dice que no comerá bocado hasta que sea informado de todo].

En el Q. II, cáp. III, estaba pensativo don Quijote, esperando las buenas nuevas que le diese el bachiller Carrasco:

con todo esto imaginó que algún sabio, o ya amigo o enemigo, por arte de encantamiento las había dado a la estampa [la segunda parte de sus historias, el Tomo segundo de Avellaneda, porque las “suyas” las estaba “escenificando” y no podían haber llegado a la imprenta]; si amigo, para engrandecerlas y levantarlas..., si enemigo para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles que de algún vil escudero se hubieran escrito, puesto —decía entre sí— que nunca hazañas escuderiles se escribieron...

Y varios párrafos más adelante:

Una de las cosas —dijo a esta sazón don Quijote— que más debe de dar contento a un hombre virtuoso y eminente [a Cervantes] es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de la gente, impreso y en estampa. Dije con buen nombre, porque siendo contrario, ninguna muerte se le

igualara. [Considero una redundancia el término “viviendo”, ¿no estará pensando Cervantes en que Avellaneda–Liñán estaba muerto y no tenía, no quería que tuviese “buen nombre”?]

—Si por buena fama y si por buen nombre va —dijo el bachiller—, sólo vuestra merced lleva la palma de todos los caballeros andantes; porque el moro en su lengua [Cide Hamete–Cervantes] y el cristiano en la suya [Alisolán–Avellaneda–Liñán] tuvieron buen cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuestra merced, el ánimo grande en acometer peligros, la paciencia en las adversidades y el sufrimiento así en las desgracias como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuestra merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso.

Es innegable que Cervantes habla de los dos Quijotes, pero al final del párrafo, con la cita de Dulcinea, se difumina y enmascara lo que es patente. Gran habilidad tiene para decir algo y que pase inadvertido lo dicho para los profano. De esta ambigüedad hace gala Cervantes cuando Carrasco, hablando de la historia de don Quijote, dice:

...; pero quisiera yo que tales censuradores fueran más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse a los átomos del sol clarísimo de la obra que murmuran...

—El que de mí trata —dijo don Quijote—, a pocos habrá contentado.

[Aquí Cervantes seguro que no se refiere a “su” libro, al que poco antes ha alabado, por boca de Sansón Carrasco, quien refiriéndose a él, dice]: que en el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso; y aún hay fama de que se está imprimiendo en Amberes, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca.

[En el capítulo XVI dice don Quijote]: ...; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millones, si el cielo no lo remedia.

[Y en el VII, expone]: ...Mal se te acuerdan a ti, ¡oh Sancho!, aquellos versos de nuestro poeta donde nos pintan las labores que hacían allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas y se sentaron a labrar en el prado aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirlo y perlas contestas y tejidas. Y desta manera debía de ser el de mi señora cuando tú la viste; sino que la envidia que algún mal encantador debe de tener a mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen; y así, temo que en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algún sabio mi enemigo [Alisolán–Liñán], había puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiéndose a contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuación de una verdadera historia. [Sin duda se está refiriendo Cervantes al *Quijote* de Avellaneda, fruto de la envidia.] ¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo; pero el de la envidia, no trae sino disgustos, rencores y rabias.

¿Es mucho suponer que Cervantes, aludiendo a “nuestro poeta” se está refiriendo a Liñán? Porque éste cita al Tajo, al menos en cuatro romances incluidos por Randalph (*Poesías. Pedro Liñán de Riaza*, INO, Zaragoza, 1982) en su libro, en los poemas 2, 4, 11 y 24, y en el 33 aparece el verso “la ninfa emparedada”.

Admito que en algún momento puedo pasarme de rosca, y hasta ver correspondencias o coincidencias que no existen; pero, como en estos casos es preferible pecar por exceso que por defecto, debo consignar que encuentro cierta semejanza en el desarrollo de la acción del capítulo XXVII de Avellaneda, —durante el ensayo de la compañía de Angulo el Malo de la comedia *El testimonio vengado*, precisamente de Lope de Vega, donde muestra su enfado don Quijote arremetiendo contra toda persona o cosa que tenía delante—, con el capítulo XXVI de Cervantes, referido al titeretero Maese Pedro, donde don Quijote adopta parecida actitud contra los títeres, uno de los cuales representa al rey Marsilio de Zaragoza, a quien descabeza (a este rey moro dedica Liñán un romance que recoge Randolph en su libro) y por el que tiene que pagar don Quijote una compensación como por el resto de los desperfectos que ha ocasionado.

Me alegra coincidir con la opinión de Marasso, de algún otro y de Martín de Riquer, quien ha comentado el parecido entre ambos episodios, y dice que “nada impide creer que Cervantes quisiera enmendar la plana a Avellaneda, relatando un lance muy similar con un arte infinitamente superior.”

También encuentro una sospechosa semejanza entre “uno de los gigantes (del Avellaneda) que sacan en Zaragoza el día del Corpus”, cuya cabeza asomada por una claraboya junto al techo, sirvió para que introducido en ella su cabeza el secretario, respondiese sin ser visto a las preguntas que le hacían, con asombro de los presentes que no estaban en el secreto de esta broma, con “la cabeza encantada” de Cervantes, que estaba sobre una mesa:

...al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenía, sobre la cual estaba puesta, al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. [...] ...hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, y que tiene la propiedad y la virtud de responder a cuantas cosas al oído le preguntaren.

[La fábrica de la cabeza] ...era de esta suerte: la tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pie sobre que se sostenía era de lo mismo, con cuatro garras de águila que del salían, para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecía medalla y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni más ni menos la talla de la mesa, en que se encajaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecía. El pie de la tabla era asimismo hueco, que respondía a la garganta y pechos de la cabeza y todo esto venía a responder a otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo el hueco de pie, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida se encaminaba un cañón de hoja de lata que de nadie podía ser visto. En el aposento de abajo correspondiente al de arriba se ponía el que había de responder, pegada la boca en el mismo cañón, de modo que, a modo de cervatana, iba la voz de arriba abajo y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras, y de esta manera no era posible conocer el embuste.

Maldonado, en *El incidente Avellaneda*⁷, dice que:

conocía Cervantes, al menos, con mayor o menor vaguedad, el tema argumental de algunos de los capítulos de Avellaneda, los cuales hubieron de excitar su vena, antes creadora y egregiamente superadora que imitadora. Y esto al punto de sugerirle la idea de capítulo tan importante como el del “Reta-

⁷ Francisco Maldonado de Guevara: *El incidente Avellaneda*, Revista de ideas estéticas; tomo 8 (1850); págs 243-271.

blo del Maese Pedro”. Más tarde, leído ya el texto apócrifo, se inspiró en el para una ficción también feliz, aunque menos quijotesca valiosa que la del “Retablo”, la que llamó “aventura de la cabeza encantada”. [Esta aventura la relata Cervantes en el capítulo LXII, después de comentar en el LIX la publicación del apócrifo.]

Con el siguiente párrafo (Q. II, cáp. LIX):

—Lo que real y verdaderamente tengo —dijo el ventero— son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera, o dos manos de ternera que parecen uñas de vaca; están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: ‘—¡Cómeme!, ¡Cómeme!’

Martín de Riquer advierte que Cervantes imita al que transcribo a continuación de Avellaneda (cap. IV):

—Señor don Quijote, bien puede entrar; que al punto que yo llegué se dieron todos por vencidos; baje, baje, que todos son amigos, y habemos echado pelillos a la mar, y nos está aguardando una muy gentil olla de vaca, tocino, carnero, nabos y berzas, que está diciendo cómeme, cómeme.

Por mi parte, observo una sospechosa semejanza entre los dos episodios de Avellaneda que mencionaré y el relato de “*las bodas de Camacho*” de Cervantes. Me refiero (capítulo IV) al escenario en el Coso de Zaragoza, adornado con cartelas e inscripciones, donde se va a celebrar la sortija, y a la aparición de los diversos intervinientes adecuadamente ataviados que desfilan con letras alusivas a lo que representan. Comienza Avellaneda los párrafos con estas palabras: “Los primeros fueron dos gallardos mancebos...”, “El otro era un recién casado...”, “Tras estos salieron otros dos...”, “El otro llevaba en campo negro...”. “Tras estos dos entraron otros dos, también gallardos mozos...”

Merece especial atención lo que sigue: “El segundo era un mancebo recién casado, rico de patrimonio, pero grandísimo gastador, y tan pródigo que siempre andaba lleno de deudas...” ¿Acaso Cervantes, a partir de este “mancebo rico de patrimonio” se inventó al “rico” Camacho?

“Tras estos dos entraron veinte o treinta caballeros...” [Entre ellos, al final, don Quijote, al lado de don Álvaro Tarfe, quien en] “su escudo tenía pintado a don Quijote con la aventura del azotado, muy al vivo, y esta letra en él:

Aquí traigo al que ha de ser,
según son sus disparates,
príncipe de los orates.

Con la letra rieron todos cuantos sabían las cosas de don Quijote, el cual venía armado de todas sus piezas.”

El segundo episodio de Avellaneda (capítulo XXVIII) se desarrolla en Alcalá, donde para honrar a un doctor médico desfilan por las calles principales:

más de dos mil estudiantes acompañando un carro triunfal con las siete virtudes y una música celestial dentro.

Iban delante de los músicos, en el mismo carro, dos estudiantes con máscaras, con vestidos y adornos de mujeres, representando el una a la Sabiduría, ricamente vestida con una guirnalda de laurel sobre la cabeza, trayendo en la mano siniestra un libro y en la derecha un alcázar o castillo pequeño, pero muy curioso hecho de papelones y unas letras góticas que decían:

Sapientia oedificavit sibi domum.

A los pies della estaba la Ignorancia, toda desnuda y llena de artificiosas cadenas hechas de hoja de lata, la cual tenía debajo de los pies dos o tres libros, con esta letra:

Qui ignorat, ignorabitur.

Al otro lado de la Sabiduría venía la Prudencia, vestida de un azul claro, con una sierpe en la mano, y esta letra:

Prudens sient serpens

Venía en la otra mano, como ahogando a una vieja ciega, de quien venía asido otro ciego, y entre los dos esta letra:

Ambo in foveam cadunt.

Púsose don Quijote delante de dicho carro, y haciendo en su fantasía uno de los más desvariados discursos que jamás había hecho, dijo en alta voz:

—¡Oh tú, mago encantador, quienquiera que seas, que con tus malas y perversas artes guías aqueste encantado carro...

Y el episodio de Cervantes (capítulo XX de la Segunda Parte) que relaciono con éstos, es el siguiente:

“Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico...”, “Por una parte enramada entraban hasta doce labradores...”, “De allí a poco comenzaron a entrar por diversas partes...”, “También le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas..., ...guíabalas un venerable viejo y una anciana matrona...”, “Tras esta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas; era de ocho ninfas, repartidas en dos hileras; de la una hilera era guía el dios Cupido, y de la otra el Interés...” “Las ninfas del Amor eran Poesía, Discreción, Buen linaje y Valentía, escritos sus nombres en un pergamino en sus espaldas. Al Interés, del mismo modo, seguían Liberalidad, Dáviva, Tesoro, Poseción pacífica.” [Las especulaciones que se pueden hacer con todos estos nombres son muchísimas. Algunas que se me ocurren, las omito por no cansar al lector.] “Delante de todos venía un castillo de madera..., ...en la frontera del castillo y en todas cuatro partes de sus cuadros traía escrito: Castillo del buen recato.”

Entre todos los nombres de las ninfas y de sus guías, sólo hay uno que corresponde a un dios mitológico. Y precisamente es Cupido. Es muy posible —estoy seguro— de que con el lema “castillo del buen recato” quiere contrarrestar Cervantes el poema del “cu” y del “pido” y las palabras ofensivas que seguidamente Avellaneda vierte en el capítulo IV de su *Quijote*:

[...] Sancho..., quiero..., que en esta adarga que llevo..., un pintor me pinte en ella dos hermosísimas doncellas que estén enamoradas de mi brío, y el dios Cupido encima, que me esté asentando una flecha, la cual yo reciba en el adarga, riendo dél y teniéndolas en poco a ellas, con una letra que diga en derredor de la adarga: ‘El caballero Desamorado’, poniendo encima esta curiosa, aunque ajena, de suerte que esté entre mí, entre Cupido y las damas:

Sus flechas saca Cupido
de las venas de Pirú,
a los hombres dando el Cu
y a las damas dando el pido.

—¿Y qué hemos de her —dijo Sancho— nosotros con esa Cu? ¿Es alguna joya de las que tenemos de traer de las justas? [Palabra empleada por Cervantes en lugar de “sortijas”]

—No —replicó Don Quijote—; que aquel Cu es un plumaje de dos relevadas plumas que suelen ponerse algunos sobre la cabeza, a veces de oro, a veces de plata y a veces de la madera que hace diáfano encerado a las linternas, llegando uno con dichas plumas hasta el signo de Aries, otros al de Capricornio [clara alusión a cornudo], otros se fortifican en el castillo de San Cervantes.

Y siguiendo con el *Quijote* de Cervantes: comenzó la danza Cupido, salió luego el Interés y

...de este modo salieron todas las dos figuras de las dos escuadras y cada uno hizo sus mudanzas y dijo sus versos...

[...] Preguntó don Quijote a una de las ninfas que quien la había compuesto y ordenado. Respondióle que un beneficiado de aquel pueblo que tenía gentil caletre para semejantes invenciones.

En relación con la anterior cuarteta ofensiva de Avellaneda a Cervantes, Maldonado, dice: “Y nótese también que el soneto insultante recibido por Cervantes en Valladolid, jugaba del apócope *Cu* en idéntica reticencia que Avellaneda [el primer cuarteto de dicho soneto, recogido por Gómez Canseco en una nota de su edición del *Quijote* de Avellaneda, es: “Yo no sé de los, de li ni le, /ni se si eres Cervantes co, ni *cu*, / sólo digo que es Lope Apolo, y tú / frisón de su carroza y puerco en pie.”], lo cual delata a éste como autor del soneto...”

Un soneto, cuyos tercetos son los siguientes:

¡Honra Lope, potrilla, o guay de ti!
Que es sol y, si se enoja, lloverá;
y ese tú Don Quijote baladí

de culo en culo por el mundo va,
vendiendo especias y azafrán romí,
y al fin en muladar parará’.

Y que según Pérez López⁸, “tiene todos los rasgos del estilo satírico de Lope, pero más de Liñán, el cual sabemos que estuvo en Valladolid en 1605”, lugar donde y fecha cuando recibió el soneto Cervantes, según relata en “La Adjunta” de *El viaje del Parnaso*. Luego, si este soneto es de Avellaneda, y pudo escribirlo Liñán (con más probabilidades, como apunta Pérez López, porque el propio Lope no va a decir “que es” Apolo, ya que de escribirlo él diría “soy”), la conclusión es que Liñán puede ser Avellaneda. Un indicio más a sumar a los muchos ya apuntados⁹.

⁸ José Luis Pérez López: *Una hipótesis sobre el Don Quijote de Avellaneda: De Liñán de Riaza a Lope de Vega*, Revista Electrónica LEMIR, 2005.

⁹ Desarrollo con amplitud esta hipótesis en mi artículo *Cervantes desveló en clave la identidad de Avellaneda*, publicado en la Revista Electrónica LEMIR, nº 11, 2007.

Conforme avanzo en esta investigación, voy tomando cada vez mayor conciencia de que el *Quijote* de Avellaneda es una parodia de la primera parte del de Cervantes; y la segunda parte de éste, a su vez, una parodia del de Avellaneda. Por supuesto, salvando las distancias y sin que falte en ambos la originalidad y personalidad de la creación propia. Es más, si se cotejan los textos de ambos autores, se aprecia en los mismos un común empeño en aprovechar los motivos, ideas, invenciones y episodios para replicarse y enmendarse mutuamente como dos gallitos en un mismo corral, a fin de hacer méritos para superarse y quedar como el mejor. Y del mismo modo que expongo estas coincidencias, podrían recogerse muchísimas otras más

También observo que los dos autores no pierden ripio para aprovechar o inventarse ocasiones propicias para sutil y subrepticamente zaherirse y clavarse agujones mutuamente.

A mi modo de ver, el resultado de este pugilato deviene en un ambiente que para los lectores no iniciados (profanos o desconocedores de lo que se cuece en el guiso) aporta a la lectura un interés especial que Martín de Riquer (notas a la edición de su *Quijote*, RBA, 1944) expresa en esta opinión:

“Lo extraordinario del *Quijote* [de Cervantes] es que es una parodia que interesa al que desconoce lo parodiado...” O sea, que para quien no ha leído el de Avellaneda, o lo ha hecho sin ninguna prevención y no se ha percatado de estas disputas al margen de lo literario, pasan inadvertidas todas estas recíprocas alusiones y agujonazos y, dicho desconocimiento, paradójicamente, acrecienta el interés por esta novela.

Continuando el análisis del texto cervantino, al llegar a la “aventura del rebuzno” (Q. II, cáp. XXV), recuerdo que hay en el de Avellaneda (cáps. VI y VII) unos episodios protagonizados por Sancho y su asno —al que comprendía por sus rebuznos—, que quizás, a tenor de lo que voy apreciando, pudo inspirar a Cervantes para componer la magnífica aventura a que me refiero; y no sé hasta qué punto (cáp. XXVII) quiere señalar a alguien particularmente cuando, don Quijote, dice:

Siendo, pues, esto así, que uno sólo no puede afrentar a reino, provincia, ciudad, república, ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir a la venganza del reto de tal afrenta, pues no lo es; porque ¡bueno sería que se montasen a cada paso los del pueblo de la Reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berengeneros, ballenatos, jaboneros ni los otros nombres y apellidos que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco más o menos...

Según Rodríguez Marín, los de la Reloja son de Espartinas, cazoleros de Valladolid; pero berenjeneros, los de Toledo; ballenatos, los de Madrid y jaboneros los de Sevilla o los de Torrijos, lugares estos subrayados que están directamente relacionados con Liñán y también, salvo Torrijos, con Lope de Vega, además de Sevilla y Valladolid con ambos. López Navío¹⁰, en la nota nº 36 del capítulo XXVII de la segunda parte, aclara que el pueblo de la Reloja es Ocaña (según se desprende del Refrán de Correas; “El reloj de Yepes, y la Reloja de Ocaña”).

Además, observo, que la segunda parte del *Quijote* de Cervantes está plagada de citas, referencias y alusiones, más o menos veladas, y hasta enmascaradas y ocultas su-

¹⁰ *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* (Con las “Notas al Quijote” de José López Navío), Edición de José Luis Pérez López. Empres Pública Don Quijote de la Mancha 2005, S. A. Castilla-La Mancha.

tilmente, relativas al *Quijote* de Avellaneda, a su autor Liñán y a su principal colaborador Lope de Vega. Aportaré un nuevo testimonio relativo a Liñán:

En el capítulo XVIII, el hijo del Caballero del Verde Gabán, don Lorenzo, poeta, al terminar de decir su glosa:

Se levantó en pie don Quijote, y en voz levantada que parecía grito, asiendo con su mano la derecha de don Lorenzo, dijo:

—¡Viven los cielos donde más altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que merecéis estar laureado, no por Chipre ni por Gaeta, como dijo un poeta que Dios perdone, sino por las academias de Atenas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de París, Bolonia y Salamanca!

José Luis López Pérez, en el artículo citado, asevera, compartiendo la opinión de Bonilla y Shevill, tras un análisis y cotejo literario, que el poeta que Dios perdone es Pedro Liñán de Riaza. El verso laureado por Chipre y por Gaeta pertenece a su poema “Al jurado de Córdoba Juan Rulfo”, que incluye Randolph en su libro.

Por mi parte, añadiré, que en el capítulo XLI vuelve Cervantes a citar a “Dios” y a “Gaeta”: “—¡Ea, pues, —dijo Sancho—, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta”; y de Liñán son los siguientes versos del romance “Confesión”, que también incluye Randolph:

La madre pobre, y no santa,
cuyas hijas rozan telas
y solo deligos labran
con María de la Puebla,
presumo (¡Dios me perdone!)
que cuando otras se duermen, vela,
y que de masa de España
hace empanadas inglesas.”

Y en el “Capítulo sétimo” de *El viaje del Parnaso* ¿se referirá Cervantes a Liñán en estos versos?:

Silvando recio y desgarrando el aire,
otro libro llegó de rimas solas
hechas al parecer como al desgaire.
Viólas Apolo, y dijo cuando viólas:
‘Dios perdone a su autor, y a mí me guarde
de algunas rimas sueltas españolas’

El contenido de estos tercetos no es precisamente laudatorio, más bien lo contrario. No debe olvidarse que Cervantes elogia a Liñán en *La Galatea*, pero se olvida injustificadamente de él en *El Parnaso*, al menos de forma tácita, como pone de relieve Bonilla y Sanmartín:

"Tengo indicios (nada más que indicios) de que Pedro Liñán de rianza sea el supuesto Avellaneda. Desde luego es circunstancia que sorprende la de que Cervantes, en el ‘Canto de Calíope’, dedique una pomposa octava a ensalzar *‘de Pedro Liñán la sutil pluma / de todo el bien de Apolo cifra y suma’*; y, sin embargo, en *El viaje del Parnaso* (1614) no menciona siquiera al raro y dulce inge-

nio que celebra Lope en el *Laurel*, alabando como alaba a tanto mediocre versificador. Este detalle es de llamara la atención"¹¹.

Volviendo al *Quijote* (Q. II, cáp. XXXVIII), dice la Trifaldi:

; pero lo que más me hizo postrar y dar conmigo por el suelo fueron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja que caía a una callejuela donde él estaba que si mal no me acuerdo decían:

De la dulce mi enemiga
nace un mal que el alma hiere,
y por más tormento, quiere
que se sienta y no se diga.

[Dice López Navío, nota 55 del capítulo XXXVIII de la segunda parte: “Según Pellicer es traducción de la copla de Serafin Aquilano, 1500]. Sigue Cervantes:

Parecióme la trova de perlas, y su voz de almíbar, y después acá digo desde entonces, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas se habían de desterrar los poetas como aconsejaba Platón, a lo menos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del marqués de Mantúa, que entretienen y hacen llorar [a] los niños y a las mujeres, sino unas agudezas, que a modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido. Y otra vez cantó:

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me torne a dar la ida.

[López Navío, en la nota 39 del mismo capítulo, dice: “La copla, como ya indicó Pellicer, es del comentador Escrivá y apareció en el Cancionero General de Hernando Castillo de 1511. Lope de Vega la glosó a lo divino en sus ‘Rimas Sacras’ ”].

Y deste jaez otras coplillas y estrambotes que cantados encantan y escritos suspenden... Y así, dijo, señores míos, que los tales trovadores con justo título los debían desterrar a las islas de los Lagartos. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban y las bobas que los creen [“La dama boba” (1613), comedia de Lope]; y si yo fuera la buena dueña que debía, no me habían de mover sus trasnochados conceptos, ni había de creer ser verdad aquel decir: ‘Vivo muriendo, ardo en el yelo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, paróme y quedóme’, con otros imposibles desta ralea, de que están sus escritos llenos. Pues qué cuando prometen el fénix [el Fénix de los Ingenios, Lope de Vega] de Arabia, la corona de Aridiana, los caballos del sol, del sur las perlas, de Tébar el oro y de Pancaya el bálsamo. Aquí es donde ellos alargan más la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamás piensan ni pueden cumplir.

¹¹ Transcripción de *Una hipótesis sobre el Don Quijote de Avellaneda*, ya citado, tomada por José Luis Pérez de Fitzmaurice Kelly.

[He subrayado las palabras que pueden tener correspondencia con las también subrayadas de una estrofa del siguiente romance de Liñán que con el nº17 incluye Randolph en su libro]:

Alzó los ojos al cielo,
al sol los ojos alzaba,
que como entonces salía,
pudo mirarla la cara.
Miraba sus rayos de oro,
que metidos en la escarcha,
parece que brota del suelo
aljófar, perlas y plata.

En cuanto a “*de Pancaya y el bálsamo*”, aparece en “La noche”:

Daréte en ofrenda un toro
quemado en leña de Arabia,
y las jarcias de mi gabia
colgaré en tu sacro coro;
los olores de Pancaya
que hacen a todos raya,
tendrán el aire en suspenso;
quemaré precioso incienso
cuyo humo al cielo vaya.

La coincidencia de estas palabras comunes podría ser casual, y no tendrían ninguna importancia si no fuesen acompañadas de la alusión a “los poetas lascivos que habría que desterrar”.

Sospecho que pueden estar interrelacionados los párrafos citados al principio de este artículo: “los unos y los otros no salen de los bodegones ni tabernas en todo el año, por do me doy a entender que de otra parte que la de sus oficios sale la corriente de sus borracheras...”, las referencias peyorativas a los “romancistas” y a los “poetas” en *El coloquio*, y el que “a los tales trovadores los debían desterrar a las islas de los lagartos”, “el que prometen el fénix de Arabia, la corona de Ariadna, los cabellos del sol, del sur las perlas, de Tébar el oro y de Pancaya el bálsamo”; y que “se habían de desterrar los poetas, a lo menos los lascivos”, entre otros, sin olvidar la “envidia” —frases en las que creo ver alusiones a Liñán y a Lope—, con los siguientes tercetos de *El viaje del Parnaso*, capítulo cuarto, cuyas palabras que considero significativas subrayo:

“¡Oh Adán de los poetas, oh Cervantes!
¿Qué alforjas y qué traje es éste, amigo,
que así muestra discursos ignorantes?”

Yo, respondiendo a su demanda, digo:

“Señor: voy al Parnaso, y, como pobre,
con este aliño mi jornada sigo”.

Y él a mí dijo: “¡Oh sobrehumano y sobre
espíritu cilenio levantado,
toda abundancia y todo honor te sobre!

Que, en fin, has respondido a ser soldado
antiguo y valeroso, cual lo muestra
la mano de que estás estropeado.

Bien sé que en la naval dura palestra

perdiste el movimiento de la mano
izquierda, para gloria de la diestra;
y sé que aquel instinto sobrehumano
que de raro inventor tu pecho encierra
no te le ha dado el padre Apolo en vano.

Tus obras los rincones de la tierra,
llevándolas en grupa Rocinante,
descubren y a la envidia mueven guerra.

Pasa, raro inventor, pasa adelante
con tu sutil disinio, y presta ayuda
a Apolo, que la tuya es importante,
antes que el escuadrón vulgar acuda
de mas de veinte mil sietemesinos
poetas que de serlo están en duda.

Llenas van las sendas y caminos
desta canalla inútil contra el monte,
que aun de estar a su sombra no son dignos.”

[...] las ballesteras eran de ensalada
de glosas, todas hechas a la boda
de la que se llamó malmaridada;
era la chusma de romances toda,
gente atrevida, empero necesaria,
pues a todas acciones se acomoda;

[...] “Esta que es la Poesía verdadera,
la grave, la discreta, la elegante”,
dijo Mercurio, “la alta y la sincera,
siempre con vestido rozagante
se muestra en cualquier acto que se halla,
cuanto a su profesión es importante.

Nunca se inclina o sirve a la canalla
trovadora, maligna y trafalmeja,
que en lo que más ignora menos calla.

Hay otra falsa, ansiosa, torpe y vieja,
amiga de sonaja y morteruelo,
que ni tabanco ni taberna deja;

no alza dos ni aún un coto del suelo,
grande amiga de bodas y bautizos,
[acaso se refiere a la ‘afición de Lope’
por ‘casarse’ y tener hijos]
larga de manos, corta de cerebello.

Tómanla por momentos parasismos;
no acierta a pronunciar, y si pronuncia
absurdos hace y forma solecismos.

Baco, donde ella está, su gusto anuncia,
y ella derrama en coplas y en poleo,
con pa y pereda, y el maestranzo y juncia.

[...]puede pintar en la mitad del día
la noche, y en la noche más oscura
el alba bella que las perlas cría;

el curso de los ríos apresura,
y le detiene; el pecho a furia incita
y le reduce luego a más blandura;

por mitad del rigor se precipita
de las lucientes armas contrapuestas,
y da victorias y victorias quita.

Verás como le prestan las florestas
sus sombras, y sus cantos los pastores,
el mal sus lutos y el placer sus fiestas,
perlas el sur, Sabea sus olores,
el oro Tíbar, Hibla su dulzura,
galas Milán y Lusitania amores¹².

[...] En esto estaba, cuando por las bellas
ventanas de jazmines y de rosas
(que Amor estaba, a lo que entiendo en ellas),
divisé seis personas religiosas,
al parecer de honroso y grave aspecto,

[Este verso me trae a la memoria “el grave eclesiástico” que recibe a los duques, y al que pone don Quijote de chupa de dómine en el Q. II, cáp. XXXI]

de luengas togas, limpias y pomposas.

Preguntéle a Mercurio: “¿Por qué efecto
aquellos no parecen y se encubren,
y muestran ser personas de respecto?”

A lo que él respondió: “No se descubren,
por guardar el decoro al alto estado
que tienen, y así el rostro todos cubren”

“¿Quiénes son”, le repliqué, “si es que te es dado
decirlo?” Respondíome: “No por cierto
porque Apolo lo tiene así mandado”.

“¿No son poetas?” “Sí”. Pues yo no acierto
a pensar por qué causan desprecian
de salir con su ingenio a campo abierto.

¿Para qué se embobecen y se anecian,
escondiendo el talento que da el cielo
a los que más de ser suyos se precian?

¡Aquí el rey! ¿Qué es esto? ¿Qué recelo
o celo les impele a no mostrarse
sin miedo ante la tumba del vil suelo?

[Viaje del Parnaso, capítulo cuarto.]

En estos conceptos, creo sale a relucir la ambigüedad de Cervantes, que he detectado en diversos pasajes y lo manifiesto en los artículos citados, lo mismo que los motivos por los que no desvela a quienes se “encubren” y no se “descubren”, pareciendo que se refiere a quitarse o ponerse el cubrecabezas: pero lo que se cubren es el rostro. ¿Y quiénes son éstos? Son personas religiosas, poetas (sacerdotes eran Liñán, Lope de Vega y Fray Luis de Aliaga), que se “embobecen” (Lope, autor de “La dama boba”), que se “anecian” (“Para Cervantes, los *discretos*, son los cultos, los partidarios de la antigua comedia; los *nechos* son los del bando opuesto, los partidarios de la comedia nueva, Lope y sus discípulos. Pero la escuela vieja quedó derrotada, y con el triunfo de la nueva comedia, los papeles se cambiaron y *discreto* vino a ser sinónimo de lopis-

¹² En estos tercetos creo ver reminiscencias de versos de Liñán, autor del poema “A la noche” (p. 167), del soneto “La noche” (p. 73) y de romances de pastores como el nº 4 (p. 189) que comienza “Al tiempo que el alba bella” y de otros poemas que recoge Julián F. Randolph en su libro *POESÍAS. Pedro Liñán de Riaza*, Zaragoza, INO-Reproducciones S.A., 1982. Biblioteca Universitaria Puvill.

tas... ”¹³), y que “no se atreven a salir con su ingenio a campo abierto. (Cervantes le reprocha a Avellaneda en el Prólogo del Q. II que “no osa aparecer a campo abierto, ... encubriendo su nombre...”)

Y me llama poderosamente la atención el último verso transcrito: “¿Qué recelo/o celo les impele a no mostrarse/sin miedo ante la turba vil del suelo?” (“turba” puede ser “residuos vegetales de aspecto terroso” o “muchedumbre de gente confusa y desordenada”, ¿no estará manifestando Cervantes que ese “recelo” puede ser a no mostrarse ante la tumba —suelo, descomposición, vil, tierra, estiércol— donde reposa el cadáver del autor al que se encubre?)

Es razonable suponer, máxime si se tienen en cuenta otras muchas “coincidencias”, que Cervantes señala a quienes sabe que se han confabulado para gastarle la mala pasada de publicar el “falso” *Quijote*, y lo hace, con esa ambigüedad característica suya, con objeto de que se enteren sus “enemigos” que los ha descubierto, pero sin desvelar sus nombres por varios razones, entre ellos, algunos que se expondrán al final.

Otro punto: Con motivo de que lo mata de hambre cuando gobierna en la ínsula, Sancho despotrica contra el médico:

—Pues señor Pedro Recio de Mal Agüero; natural de Tirteafuera, lugar que está a la derecha mano como vanos de Caracuel a Almodóvar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego delante, si no, voto al sol que tomo un garrote y que a garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula, a lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que a los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza y los honraré como a personas divinas. Y vuelvo a decir que se me vaya, Pedro Recio, de aquí; si no tomaré esta silla donde estoy sentado y se la estrellaré en la cabeza, y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio a Dios en matar a un mal médico, verdugo de la república. Y denme de comer, o si no, tómense mi gobierno, que oficio que no da de comer a su dueño no vale dos habas.

Creo con fundamento que Cervantes al denominar a este doctor y tratarlo de la forma en que lo hace, se está refiriendo a Pedro Liñán de Riaza. Veamos: Coincide en el nombre “Pedro”, omite “Liñán” porque se descubriría; “Recio” es similar fonéticamente a “Riaza”, y el segundo apellido “Agüero”, que Sancho convierte en “Mal Agüero”, son palabras fundamentales de la letrilla: “¿Qué mal agüero / trocar la libertad por el apero!” del romance nº 11 de Liñán “Por las cañadas del pino”, que incluye Randolph en su libro.

Vuelve Cervantes —una vez más— a citar o recordar a Liñán (Q. II, cáp. LII), en la carta que Teresa Panza dirige a su marido Sancho:

Unas bellotas envié a nuestra señora la duquesa; yo quisiera que fueran de oro; envíame tú algunas sartas de perlas, si se usan en esa ínsula.

[...] Las nuevas deste lugar son que la Berrueca casó a su hija con un pintor de mala mano, ... El hijo de Pedro Lobo se ha ordenado de grados y corona [de tonsura y de las cuatro primeras órdenes. Pedro Liñán se ordenó de clérigo presbítero en 1601] con atención de hacerse clérigo; súpolo Minguilla, la nieta de Mingo Silvato, y hale puesto demanda de que la tiene dada palabra de casamiento; malas lenguas quieren decir que ha estado

¹³ Nota 10 de de la Segunda Parte de “Notas al Quijote de José López Navío”, de José Luis Pérez López, obra citada.

palabra de casamiento; malas lenguas quieren decir que ha estado encinta dél, pero él lo niega a pies juntillas.

Tenemos un “Pedro” y la inicial del apellido “Lobo” es una “L”, la misma que el de “Liñán”; y no hay que olvidar que la Dulcinea de Avellaneda es Bárbara de Villalobos, y por si faltaba algo para descifrar esta alusión, no tenemos sino preguntar precisamente a Minguilla, que es la protagonista del poema titulado “Burlas” (Randolph, romance satírico-burlesco nº 49) de Pedro Liñán, que comienza: “Contenta estaba la Minguilla”, y cuenta los amores de una doncella que se dejó seducir.

En su magnífica edición del Quijote de Avellaneda (editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2000), Luis Gómez Canseco transcribe Bárbara de “Villatobos”. Al comunicarle que en varias ediciones que he usado, una de ellas la de Daniel Cortezo, 1884, consta “Villalobos”, me contestó que “Desde el punto de vista editorial, estoy convencido de que ha de leerse “Villatobos”, ya que sería lectio faciliior y a la que acudiría de inmediato un componedor o un copista. Si he mantenido “Villatobos” en la transmisión textual es porque es casi con seguridad absoluta la lectura del texto original de Avellaneda.” Y en dicha edición; “641,22: Villatobos A: Villalobos CMG. Aunque pudiera tratarse de una errata, no hay ningún criterio definitivo a favor; sobre todo existiendo el toponímico Villatobas en la provincia de Toledo.” También existe el toponímico Villalobos en la provincia de Zamora. Consultado Enrique Suárez Figaredo, autor, entre muchos artículos sobre este tema, de *La verdadera edición príncipe del Quijote de Avellaneda* (Revista LEMIR, Nº 11), es de la misma opinión

Pasando por alto otras citas, quiero referirme a la sugerencia de Sansón Carrasco, en el penúltimo capítulo del Q. II, para encontrar nombres a las pastoras:

Y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas e impresas, de quien está lleno el mundo: Filidas, Dianas, Amarilis, Fléridas, Galateas y Belisardas... [todos estos nombres subrayados, que ya aparecen, como he dicho en *El coloquio de los perros*, que están relacionados con Lope, son citados también, si no al pie de la letra, de forma similar, en el capítulo XXV de la primera parte:

—¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alidas y otras tales que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias, están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran o celebraron? [y puede ser este párrafo uno de los “sinónimos voluntarios” de los que se queja Avellaneda]; pues que las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros y tenerlas por nuestras. Si mi dama, o, por mejor decir, mi pastora se llamare Ana, la celebraré bajo el nombre de Anarda [en el *Quijote* de Avellaneda hay unas Coplas a una dama llamada Ana” donde cita muchas palabras que contienen al principio “Ana”, pero no Anarda]; y si Francisca la llamaré yo Francenia; y si Lucía, Lucinda [Camila Lucinda, amante de Lope, a la que ha dedicado gran parte de sus poemas amorosos], que todo se sale de allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar a su mujer Teresa Panza con nombre de Teresaina.

Merece también recordarse que al maese del retablo, entre tantos nombres posibles, lo denomina Pedro; así como Periquillo a uno de los muchachos, en el penúltimo capítulo: que “... estaban riñendo dos mochachos y uno le dice al otro: “—No te canses Periquillo, que no la has de ver en todos los días de tu vida.” Preguntado el muchacho por Sancho, dijo que se refería a una jaula de grillos que le había tomado, la cual no pensaba devolvérsela en toda la vida. Y como Sancho, en este episodio, refiriéndose a la

liebre que huía de unos galgos y se refugió debajo de los pies de su rucio, dice “¿qué mala señal es esta ni que mal agüero se puede tomar de aquí?”, no puedo evitar acordarme del autor de la letrilla “¿Qué mal agüero/trocar la libertad por el apelo!”, de Pedro Liñán, que no había de ver en todos los días de su vida aquella novela que escribió antes de pasar a mejor vida. Seguro que son meras coincidencias, elucubraciones, pero tengo la obligación de exponerlas.

Otra cuestión, que puede tener su importancia. Al menos, yo así lo estimo: Al final del último capítulo de Cervantes, ya fallecido el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, después del epitafio de Sansón Carrasco:

... el prudentísimo Cide Hamete, dijo a su pluma:

— Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, no sé si bien cortada o mal tajada péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos o malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que a ti lleguen, les puedes advertir y decirles en el mejor modo que pudieres:

¡Tate, tate, folloncicos!
De ninguno sea tocada
porque esta empresa, buen rey,
para mí estaba guardada.

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; el supo obrar y yo escribir; sólo los dos somos para uno, a despecho y a pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió, o se ha de atrever, a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada¹⁴ las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros ni asunto de su resfriado ingenio.”

Según el diccionario de la R.A., “deliñada” equivale a “compuesta”, “aderezada”. Lo de “pluma grosera”, pase; pero no es lógico que la pluma esté “mal deliñada”, o sea, esté “mal compuesta” o “mal aderezada”; pues no debe importar que la pluma sea imperfecta, lo trascendente de verdad es la escritura que realiza o sale de ella. Al usar Cervantes este vocablo, forzando, a mi modo de ver su exacto sentido, ¿no será porque desea citar sutilmente, de alguna manera a su *enemigo* Liñán, para dejar constancia de que lo ha descubierto? A este respecto puede ser o no casualidad que, en la segunda parte, emplea Cervantes palabras como adeliñado, socaliñar, adeliñase y adeliño, sobre las que no hay nada que objetar, aunque en alguna ocasión podían sustituirse por otras para simplificar el lenguaje; pero choca y resulta raro que en toda la primera parte no usa Cervantes ninguna palabra de esta familia que, ¡oh casualidad!, mientras la redacta-

¹⁴ José López Navío, en “Notas al Quijote”, expone, en la nota 70 del capítulo LXXIV de la Segunda Parte: “deliñada: ‘Así en la primera edición, y en las demás, por yerro de imprenta, debiendo decir: adeliñada, como suele decir Cervantes’ (Pell.) Todas las ediciones posteriores leyeron como Pellicer, menos Cortejón, pero no hace falta apartarse de la lección original, por tener sentido y estar registrada esa palabra en el Dic. Ac.: ‘aliñar, componer, aderezar’. Ya se ha indicado otras veces, que Cervantes parece hacer un juego de palabras (adeliñar, adeliño, deliñada) lo que suenan, y [ser] una alusión a Liñán (purista y atildado), el supuesto Sansón Carrasco, como se ha dicho en varias ocasiones.”

En este artículo, en los tercetos transcritos de *El Parnaso*, aparece: “y, como pobre/con este aliño mi jornada sigo”. López Navío redactó sus NOTAS hace más de cincuenta años, y han llegado a mi conocimiento después de que hiciese pública mi opinión sobre este punto, en el que coincidimos, con gran satisfacción por mi parte, porque supone que mi razonamiento no es una elucubración gratuita, sino que tiene sustancia y consistencia, o sea, visos de ser una realidad.

ba no había hecho acto de presencia todavía en el escenario quijotesco un otrora amigo y colega llamado Pedro Liñán de Riaza.

A continuación de la cita anterior del texto de Cervantes, que es el párrafo final de su libro, dice:

“A quien advertirás [al lector fingido y tordesillesco], si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote [acaba de morir], y no le quiera llevar contra todos los fueros de la muerte, a Castilla la Vieja [se refiere a las aventuras proyectadas por Avellaneda al final del *Quijote* apócrifo], haciendo salir de la fuesa [fosa] donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva; que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo, tan a gusto y beneplácito de las gentes a cuya noticia llegaron, así en estos como en los extraños reinos. Y con esto cumplirás con tu cristiana profesión [Liñán era sacerdote], aconsejando bien a quien mal te hizo, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo de poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna.

Vale. FIN.”

Estimo que tratándose de un ser de ficción, de don Quijote, es excesivo e inexacto decir “haciéndole salir de la fuesa donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva.” ¿No querrá más bien referirse Cervantes a Liñán, que bien sabía él se encontraba en la situación que describe? Porque a un ser ficticio se le puede “resucitar” o no darlo por muerto, y continuar la historia.

Abona mi convicción de que Cervantes sabía que Liñán era el autor del otro Quijote lo que aquél aduce a continuación: “Y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba...” ¿Porqué dice algo tan obvio? Sabe, como escritor, que algo pudo gozar Liñán de sus escritos mientras los componía, pero no enteramente, pues no pudo verlos publicados.

Y viene a corroborarla López Navío con una nota a la última cláusula del testamento de don Quijote dictado poco antes de morir:

Ítem, suplico a los dichos señores mis albaceas que, si la buena suerte les trajere a conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de Segunda parte de las hazañas⁴⁹ de don Quijote de la Mancha, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que sin yo buscarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.

La parte más interesante, al objeto que nos ocupa, de la nota -49- del capítulo LXXIV y último, es la siguiente: “... Advierte Clemencín que aquí, por boca de un moribundo restituído a la razón y naturalmente discreto, vuelve a zaherir al falso Avellaneda, y que lo hace ‘con mucha gracia y sin el acaloramiento de otras veces’. Lo hace con gran ironía, y más si el autor [de la novela apócrifa] fue el bachiller Sansón (Liñán) ya muerto hacía varios años, y por eso dice ‘si la suerte les trajere conocer al autor’, aun-

que completada por los amigos de Lope y la intervención de éste. Con socarrona ironía pide perdón al autor de haber sido la ocasión de ‘tan grandes disparates como en ella escribe’.”

En cuanto a la hipótesis de la imitación cervantina de Avellaneda, estimo que deja de serlo y se convierte en tesis ante la realidad palmaria que se aprecia si se cotejan ambas obras. Ya cuando en 1704 Alain-René Lesage tradujo la obra de Avellaneda, con aportaciones propias, bajo el título *Nouvelles aventures de l’admirable Don Quichote de la Manche*, dijo en el prólogo que en la segunda parte de Cervantes y en la obra de Avellaneda se encuentran muchos pasajes semejantes, y que puestos a decidir quien ha copiado a quien, el asunto es claro: la obra de Avellaneda es anterior.

También Menéndez Pidal sugirió que Cervantes conocía el manuscrito del *Quijote* apócrifo antes de iniciar su segunda parte, opinión que ha sido compartida por otros investigadores y, en la actualidad, especialmente, por Alfonso Martín Jiménez¹⁵, quien dice:

Aunque Cervantes remedó de manera encubierta los episodios de Avellaneda a todo lo largo de su segunda parte del Quijote, su imitación no tuvo nunca un carácter admirativo, sino satírico, corrector y meliorativo. Así, Cervantes quiso imitar la obra de su rival para pagarle con su misma moneda, pero tratando de evidenciar en todo momento su superioridad literaria, para lo cual se burló de los episodios del Quijote apócrifo o trató de superarlos con otros análogos pero más ingeniosos. Por ello, la agudeza que despliega Cervantes en muchos pasajes de la segunda parte de su Quijote no puede percibirse si no se tiene como referencia la obra de Avellaneda. Además, Cervantes volcó sus esfuerzos en corregir las características que Avellaneda había otorgado a sus personajes, haciendo ver que los verdaderos don Quijote y Sancho nada tenían que ver con los que aparecían en el Quijote apócrifo.

Después de los argumentos expuestos, creo que se puede dar por bueno que Cervantes conocía el manuscrito de Avellaneda, así como que se inspiró en él para redactar su segunda parte. Es más, casi puede afirmarse con seguridad, que no hubiese abordado esta tarea tantas veces anunciada (como la continuación de *La Galatea*, que no llevó a cabo) a no ser por la aparición del *Quijote* de Avellaneda. Este libro de su contrincante fue un revulsivo que le estimuló, impulsó y “obligó” a continuar su obra a marchas forzadas, luchando, incluso, con su muerte que, a buen seguro, intuiría no tenía muy lejos.

Pero, ¿cuándo comenzó esta tarea? En mi opinión, a partir del momento en que tuvo noticia y leyó el *Quijote* de Avellaneda, con anterioridad a la redacción de *El coloso de los perros*; y estaría trabajando en ella cuando redactó el Prólogo de las *Novelas ejemplares*, cuya tasa fue aprobada en julio de 1612, y publicadas un año después. A tenor de estos datos, pudo ser, a partir de 1610.

Porque se puede afirmar, no cabe duda, de que cuando Cervantes comenzó a escribir la Segunda Parte de su *Quijote*, conocía minuciosamente el de Avellaneda, como queda demostrado, por citar este libro desde el principio repetidamente, pero en clave y de manera oculta, hasta que cuando llevaba muy avanzada su obra, en el capítulo 59 de los 74 de que consta, se refirió ya abiertamente al *Quijote* que llama “falso”, “ficticio” y “apócrifo”. El propio Cervantes nos da la clave en su texto para esta afirmación. Desde el principio del relato sigue la pauta marcada al final de la primera parte:

¹⁵ Alfonso Martín Jiménez: *CERVANTES Y PASAMONTE. La réplica cervantina al Quijote de Avellaneda*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, S. L., 2005.

Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellas, a lo menos por escrituras auténticas; sólo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha, que don Quijote la tercera vez que salió de su casa fue a Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas...

Y así, en su segunda parte, vemos:

... ; el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragón y a la ciudad de Zaragoza, adonde de allí a pocos días se habían de hacer unas solemnísimas justas por la fiesta de San Jorge... (Capítulo IV).

... , y siguieron el camino a Zaragoza, adonde pensaban llegar a tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse. (Capítulo XIII).

... —Hasta que mi amo llegue a Zaragoza —dice Sancho— , le serviré; que después todos nos entenderemos.” (Capítulo XIII).

... ; donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el día de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota [su recta dirección]. (Capítulo XVIII).

... y al salir el alba, siguieron su camino buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero. (Capítulo XXVIII).

En el siguiente párrafo del capítulo LIX ya no se manifiesta el deseo de ir a las justas de Zaragoza, preparándose el terreno para el cambio de parecer que se verificará en este mismo capítulo, varias páginas más adelante:

Llegaron pues a ella; preguntaron al huésped si había posada. Fuéles respondido que sí, con toda comodidad y regalo que pudiera hallar en Zaragoza.

Y de la forma que se expresa a continuación descubre el cambio de intenciones Cervantes, por boca de don Quijote, coincidiendo con el momento en que aparece publicada la obra de Avellaneda:

Preguntáronle que adonde llevaba determinado su viaje. Respondió que a Zaragoza, a hallarse en las justas del arnés, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Díjole don Juan que aquella nueva historia contaba como don Quijote, sea quien se quisiese, se había hallado en ella en una sor-tija, falta de invención, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades.

—Por el mismo caso —respondió don Quijote— no pondré los pies en Zaragoza, y así sacaré a la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes que yo no soy el don Quijote que el dice. (Capítulo LIX).

Y poco más adelante, en el capítulo LXI:

Bien venido sea, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo que en falsas historias estos días nos han

mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores.

No respondió don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron que la respondiese, sino, volviéndose y revolviéndose con los demás que le seguían, comenzaron a hacer un revuelto caracol en derredor de don Quijote, el cual, volviéndose a Sancho, dijo:

—Éstos bien nos han conocido: yo apostaré que han leído nuestra historia y aun la del aragonés recién impresa.

En el capítulo LXII, Cervantes deja de lado el vocablo “justas” y usa el de “sortija”: Estando en Barcelona “Los caballeros de la ciudad, por complacer a Antonio Moreno [amigo del bandido Roque Guinart] y por agasajar a don Quijote y dar lugar a que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí a seis días; que no tuvo efecto por la ocasión que se dirá más adelante”.

Por considerar sumamente interesante la interrelación que Cervantes establece en su *Quijote* con el otro, voy a transcribir varios párrafos del capítulo LXXII del primero:

... y el verdadero don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente, el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora a la sin par Dulcinea del Toboso —dijo Sancho—, es este señor que está presente, que es mi amo; todo cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.

—¡Por Dios que lo creo —respondió don Álvaro—, porque gracias habéis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habéis hablado que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas! Más tenía de comilón que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso, y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen a don Quijote el bueno han querido perseguirme a mí con don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga; que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio, en Toledo, para que le curen, y agora remanece aquí otro don Quijote, aunque bien diferente del mío.

—Yo —dijo don Quijote— no sé si soy bueno; pero sé decir que no soy malo; para prueba de lo cual quiero que sepa vuestra merced, mi señor don Álvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes, por haberme dicho que ese don Quijote fantástico se había hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar a las barbas del mundo su mentira; y así me pasé de claro a Barcelona, archivo de la corte-sía... [...] Finalmente señor don Álvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuestra merced suplico, por lo que debe a ser caballero, sea servido hacer una declaración ante el alcalde de este lugar, de que vuestra merced no me ha visto en todos los días de su larga vida hasta agora, y de que yo no soy el don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuestra merced conoció.

—Eso haré de muy buena gana —respondió don Álvaro—, puesto que causa admiración ver dos don Quijotes y dos Sanchos a un mismo tiempo, tan conformes en los nombres como diferentes en las acciones; y vuelvo a decir y me afirmo que no he visto ni ha pasado por mí lo que ha pasado.

Y por último, una reflexión que aboga a favor de mi hipótesis de que Cervantes no actuó de motu proprio, sino, a posteriori, obligado por las circunstancias. Cuando

compone la segunda parte, ha cumplido ya sesenta y ocho años; ha sufrido toda clase de contratiempos, incluso su honor ha sido puesto en tela de juicio; ha recibido burlas y humillaciones en el cruel ambiente literario de su época (y de todas las épocas); sabe que sus fuerzas, con su hidropesía a cuestas, se le van agotando, y se encuentra en la miseria. Escoge el peor momento y la situación menos favorable para emprender la tarea.

Sin embargo, la aparición de la primera parte del Quijote supuso un triunfo absoluto, superior a lo acontecido con cualquier otro libro publicado hasta entonces. De la primera edición, que tenía 604 páginas, se tiraron, según Francisco Rico 1.500 ó 1750 ejemplares. Ese mismo año, salieron seis ediciones más en Madrid, y se imprimió en Lisboa y en Valencia, y en 1607 en Bruselas.

... en la primera mitad de 1605, salieron para América cientos de ejemplares de la novela. Irving Leonard cuenta como doscientos sesenta y dos fueron, a bordo del ‘Espíritu Santo’ a México, y que un librero de Alcalá, Juan de Sarría, remitió a un socio de Lima sesenta bultos de mercancía que viajaron en el ‘Nuestra Señora del Rosario’ a Cartagena de Indias y de allí a Portobelo, Panamá y El Callao hasta llegar a su destino. Se perdieron en todo el trayecto varios bultos, pero, así comenzó el Quijote su andadura americana. (Edición IV Centenario de la RAE, p. XI).

En estas circunstancias, ante un éxito sin precedentes, para un Cervantes arruinado, que había visto como sus comedias se estrenaban en Madrid con más pena que gloria y que su anterior libro, *La Galatea*, no tuvo la repercusión que él esperaba, lo lógico, oportuno y conveniente hubiese sido que emprendiera la redacción de la anunciada segunda parte, amparado por el viento más favorable que podía apetecer. No fue así. Dejó pasar “su” oportunidad. Hasta 1613 —ocho años después— no publica las *Novelas ejemplares*, y en 1614 *El viaje del Parnaso*, y aborda la segunda parte de prisa y corriendo. ¿Por qué? Sencillamente, no se apresuró en su momento, porque le faltaba el acicate impulsor del libro de Avellaneda. Otra explicación lógica no cabe.

El propio Cervantes le dice al Conde de Lemos en la Dedicatoria:

...porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan a que le envíe para quitar el hámag y la náusea que ha causado otro don Quijote que con nombre de Segunda Parte se ha disfrazado y corrido por el orbe.

Llegados a este punto, podría pensarse que tiene relativa importancia saber quién es Avellaneda. Lo trascendente es su obra, que fue capital, primero como impulso y acicate para que Cervantes escribiera una obra maestra de la literatura universal, la segunda parte — considerada por la crítica muy superior a la primera— y, segundo, por la importancia que tuvo en su redacción. Hasta ahora, generalmente, se tiene el *Quijote* de Cervantes como una obra original, de una integridad absoluta, sin ninguna injerencia o limitación ajena a la capacidad fabuladora de don Miguel. Pero vemos que, con respecto a la segunda parte, no es así, pues, en gran medida, está condicionada por Avellaneda.

La transcendencia de estas afirmaciones radican en que a partir de ellas no se debe hablar de un *Quijote* magnífico, cuyas primera y segunda parte compuso Cervantes; y de otro *Quijote*, espúreo, falso, incordiador, deleznable (fue denostado y minusvalorado por los críticos hasta la saciedad. Actualmente se reconoce su mérito), elaborado por un tal Avellaneda. En puridad se tiene que hablar de un *Quijote* indivisible e insepa-

rable, único y genial, que consta de tres partes: dos compuestas por Cervantes —mejor escritor, si se quiere, sin duda— y una intermedia y transcendente por Avellaneda.

Tras estas aseveraciones, seguro que se abren nuevas perspectivas para analizar, criticar y reconsiderar la inmortal obra de Cervantes; y a buen seguro obligarán a que se replanteen los miles y miles de opiniones, comentarios y estudios que se han realizado a lo largo de al menos tres siglos, basados en que la segunda parte cervantina era autónoma y original.

Acabo de decir que “tiene relativa importancia saber quién es Avellaneda”. Stephen Gilman en *CERVANTES Y AVELLANEDA. Estudio de una imitación* (Mexico, 1951) expone: “que ha sido explicable, y hasta conveniente, que un escritor como Avellaneda, identificado con el sentir colectivo, permaneciera anónimo.” Pues ahora, para finalizar, discrepo de Gilman y, si no desdecirme, voy a matizar mi opinión.

Lo importante es la transcendencia de la obra, ¡de acuerdo!, pero esta misma repercusión, suscita, incita y empuja inexorablemente a conocer al autor de una obra tan capital. Para mí, Avellaneda, es Pedro Liñán de Riaza, quien, como había fallecido en 1607, contó a posteriori con la complicidad y colaboración de su amigo Lope de Vega (y de algún otro) para la publicación de su manuscrito.

Y ya, por último, muchos se preguntarán, ¿por qué no desveló Cervantes expresamente el nombre del rival que le amargó los últimos años de su vida? No quería inmortalizarlo —así de sencillo—, como a la postre hizo (ha hecho) Mateo Alemán con su imitador Juan Martí. Y, también —un Cervantes que tenía mucho que callar y acaso avergonzarse—, por miedo a Lope de Vega, familiar del Santo Oficio y a Fray Luis de Aliaga, confesor real, que llegó a ser Inquisidor General.

ANTONIO SÁNCHEZ PORTERO
CALATAYUD, 21 DE JUNIO DE 2007